

“Debéis hacer algún trabajo” (Regla 20)
Nuestra Fraternidad Contemplativa discierne su misión.

INSTRUMENTUM LABORIS

CAPÍTULO GENERAL DE LOS HERMANOS

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA DEL MONTE CARMELO 2025

INTRODUCCIÓN

Nuestro Capítulo General y su preparación son un kairós, un momento de gracia. En primer lugar, es un tiempo de bendición para nosotros, porque se nos invita a vivir unidos, como hermanos en todo el mundo que oran y reflexionan sobre nuestra identidad y nuestro futuro. También se nos invita a sentir la fraternidad con todos nuestros hermanos que nos han precedido en el Carmelo y con nuestros santos hasta remontarnos a los tiempos de aquellos que vivieron en el Monte Carmelo. En segundo lugar, este es un momento para escuchar juntos al Espíritu Santo y dejarnos guiar por Él, para que nos guíe en el futuro. Se trata de un encuentro fraterno, constitucional y eclesial. Se llama «Capitulum», diminutivo latino de «caput», pequeña cabeza. En hebreo, «rosh» significa «cabeza», una cabeza que es como los segmentos del bambú: final, pero también nuevo comienzo. Así pues, con este Capítulo nos dirigimos hacia un nuevo comienzo, que es al mismo tiempo continuación del viaje anterior, un nuevo «capítulo» (en español), un nuevo «Bab» (en árabe o en indonesio)¹ de un libro que crece enlazándose con los capítulos anteriores.

El tema de nuestro Capítulo General es:

“Debéis hacer algún trabajo” (Regla 20)
Nuestra Fraternidad Contemplativa discierne su misión.

Tras los temas que abordamos en los Capítulos Generales anteriores sobre nuestra identidad carmelita, el tema de nuestro Capítulo General de 2025

¹ Bab en árabe significa puerta

será el «hacer», sobre el trabajo y la misión que estamos llamados a realizar. Reflexionaremos y profundizaremos sobre tres aspectos. Primero, ¿qué significa que el trabajo es parte de nuestro SER como carmelitas? Segundo, ¿cómo llevamos a cabo nuestro trabajo? Y en tercer lugar, ¿qué debemos hacer para responder mejor, de manera más apropiada y profunda, a los signos de los tiempos?

La Regla nos llama a «tener algún trabajo que hacer». Esta es una norma clara para todos los carmelitas. Recordamos la pregunta que hizo el Señor a Elías: «¿Qué haces aquí, Elías?». (1 Reyes 19, 9.13). Esta pregunta se nos dirige cada día también a nosotros. Cada día se nos invita a «tener algún trabajo que hacer». La espiritualidad carmelita está profundamente conectada con la vida cotidiana. Nuestras vidas están entregadas al trabajo y a encontrar algo valioso y significativo que ocupe nuestro tiempo. Jesús fue enviado por Dios Padre para llevar a término la obra de la salvación: «Mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo» (Jn 5,17). Así pues, nuestro trabajo es el modo con el que participamos en la obra continua de la salvación, una oportunidad para acelerar la llegada del Reino y, al mismo tiempo, a unirnos a la Creación. La Creación es la manera en que Dios trabaja con sus criaturas. Nuestros modestos esfuerzos nos permiten cooperar con la obra del Creador, Fuente de la Vida y Santísimo². Así, el Santo Padre nos invita a imitar a San José, un hombre que se caracterizó por su laboriosidad, y haciéndolo, colaboró con Dios mismo, convirtiéndonos nosotros también de este modo en pequeños creadores del mundo que nos rodea (Patris Corde 6).

En este momento de preparación para el Capítulo General, la pregunta que el Señor le hizo a Elías: «¿Qué haces aquí?» cobra un significado más profundo y urgente. ¿Qué estamos haciendo en este preciso momento? ¿Cómo lo hemos estado haciendo durante todo este tiempo? Esta pregunta va dirigida a todos nosotros, tanto a título individual, como comunidades, provincias u Orden. Nos encontramos en un momento crucial de nuestra historia en el que afrontamos grandes desafíos y cambios. Por tanto, se nos pedirá que discernamos cuidadosamente y tomemos decisiones importantes para el futuro de nuestra Orden.

En la Síntesis de la Celebración del Año de la Vida Consagrada 2014, el Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica nos habla de un nuevo paradigma de vida consagrada:

“Vida Consagrada es un verbo, no un sustantivo.” Como hombres y mujeres, tendemos a convertir la realidad viva (que nunca se detiene) en un sustantivo estático, en una etiqueta de nombre sin vitalidad, algo que es siempre lo mismo.

² Kees Waaijman, Kekudusan dalam Kehidupan Kekarmelitan Kita (Sub Kom. Bina lanjut Ordo Karmel Indonesia, Malang 2017) 223.

En la ceremonia de apertura del Año de la Vida Consagrada, el 29 de noviembre de 2014, se leyó el pasaje de Isaías 62, 1-5. En medio de una nación sumida en la crisis, la voz del profeta suscitó el entusiasmo:

*Por amor a Sión no callaré,
por amor de Jerusalén no descansaré,
hasta que rompa la aurora de su justicia,
y su salvación llamee como antorcha. (Is 62, 1)*

En aquella época, el pueblo de Israel se encontraba en una situación difícil, pero aún así mantenía la esperanza en el futuro. La clave fue que no se quedaron callados, sino que estuvieron dispuestos a actuar y a trabajar duro, para reconstruir Jerusalén y su futuro como pueblo elegido de Dios. Trabajar o hacer tiene que ver con las elecciones que tomamos, las acciones que emprendemos y el impacto que estas tienen en nosotros mismos, en nuestra provincia, en la Orden, en la Iglesia y en el Pueblo de Dios. En especial, en el Capítulo General estamos llamados, junto con toda la Orden, a responder a la llamada del Señor. Los signos de los tiempos, con los cambios y las dificultades que los acompañan, pueden ser difíciles de afrontar. ¿Cómo tenemos que responder? ¿Qué haremos? ¿Y cómo abordaremos todas las tareas que nos esperan? Exploraremos este tema a nivel individual y comunitario en tres encuentros, animados por la oración personal y comunitaria de un modo serio y continuo pidiendo que la gracia del Espíritu Santo nos guíe a todos.

Primer Encuentro

NUESTRO CAMINO: TRABAJAR CONTEMPLATIVA, FRATERNA Y PROFÉTICAMENTE

“...que os encuentre siempre ocupados, en fatigas y cansancios, trabajando de noche y de día, trabajando en silencio”
(Regla 20; cf. 1 Tes 2:9; 2 Tes 3:8; 2 Tes 3:6).

El Carmelo es, ante todo, una forma de vida. Nuestra Regla dice: «Este camino es santo y bueno; caminad por él» (Regla 20). Estas palabras, tomadas de Is 30,21, son citadas por nuestra Regla al concluir la instrucción sobre el trabajo. Así, el trabajo se nos presenta como algo santo y bueno. Aunque vivamos una vida contemplativa, nuestra Regla recomienda que nos dediquemos a algún tipo de actividad. Nuestra vida diaria no solo está marcada por la oración, sino por el trabajo. Nuestra Regla define la vida carmelita también por el «hacer»³. Un elemento importante de nuestra vida diaria como carmelitas es el «hacer algún tipo de trabajo». «Algún tipo de trabajo» aquí probablemente signifique que tengamos tareas y responsabilidades que tenemos que tomarnos en serio. «Trabajo» también implica que estemos involucrados en hacer algo con atención y concentración⁴. De hecho, es importante señalar que la Regla no menciona específicamente ningún tipo de trabajo en concreto. Nicolás, el francés que casualmente vivía en el Monte Carmelo, entendía por trabajo tanto el trabajo espiritual (lectura, meditación, oración) como el trabajo físico (copiar códices, cultivar la tierra, etc.)⁵. Sin embargo, estamos llamados no solo a trabajar, sino a trabajar con espíritu y al modo carmelita. Esta es también nuestra misión, nuestro testimonio y nuestra proclamación: trabajar contemplativa, fraternal y proféticamente en medio del pueblo.

1. Trabajar contemplativamente

En nuestro mundo cada vez más ajetreado y caótico, muchas personas son como Marta, a quien Jesús reprendió por estar ansiosa y ocupada en muchas cosas,

³ Hay cuatro palabras latinas distintas que se usan en el número 20 de la Regla: *agere*, *fieri*, *facere*, y *opus*. ver Kees Waaijman, *The Mystical Space of Carmel. Commentary on the Carmelite Rule* (Peeters 1999), 200.

⁴ Kees Waaijman, *The Mystical Space of Carmel*, 203.

⁵ Nicolaus Gallus, *Ignea Sagitta* (1270), VIII; ed. A. Staring, in *Carmelus* 9 (1962) 237-307.

olvidando la única necesaria (Lc 10, 41). Otros son como el apóstol Pedro, que «trabajó duro toda la noche, pero no pescó nada» (Lc 5, 5).

Nuestra Regla, en su número 20, nos anima a trabajar, pero a hacerlo contemplativamente. Es importante señalar que nuestra regla yuxtapone «trabajo» (Regla 20) y «silencio» (Regla 21). Al final del número 20, y al principio del 21, se nos insta a trabajar en silencio. En efecto, trabajar con diligencia, activamente y en silencio, sin hacer ruido ni llamar la atención, será un «precioso tesoro» que traerá «paz interior». Este espíritu es necesario y puede vivirse en todas las situaciones y condiciones. San Tito Brandsma dio un testimonio impresionante. En el campo de concentración de Amersfoort, en un barracón con muchos prisioneros, sin mucho tiempo ya para escribir, lo describió del siguiente modo:

*“Trabajar en silencio. Privado de su estilo de vida carmelita, reinventó su identidad carmelita reorganizando su hábitat espacio-temporal en el que trabajaba. Trabajando en silencio, se santificó, viviendo como carmelita en una situación destructiva y contraria a la vida religiosa.”*⁶

Por eso, la Regla, citando al Apóstol Pablo, critica a los que andan inquietos y se encuentran desocupados sin realizar ninguna actividad. Por el contrario, tendrían que encontrarse siempre ocupados haciendo algún trabajo, para que «Satanás os encuentre ocupados, no sea que a causa de vuestra ociosidad consiga encontrar algún modo de entrar en vuestras almas». Trabajar con diligencia, actividad, humildad y en silencio elimina los pensamientos dispersos y las distracciones pecaminosas. Además, nos ayuda a concentrar nuestros pensamientos y a sumirnos en el silencio profundizando así en nuestra vida interior, eliminando motivos ocultos y purificando el corazón. De este modo, el trabajo se convierte en un camino hacia la vida contemplativa, parte de nuestro camino hacia la unión con Dios.

El número 11 de nuestras Constituciones menciona que el trabajo es también una forma de mortificación y ascesis. Trabajar duro y con diligencia puede proporcionar un sentido y un significado más profundos a nuestra oración. La expresión «tener algún trabajo que hacer» también puede sugerir que este debe tener un límite, de modo que no consuma todo nuestro tiempo. Un sano equilibrio entre oración, trabajo y descanso nos ayudará a vivir la vida de forma más contemplativa y conduciéndonos hacia la unión con Dios.

⁶ Kees Waaijman, *Kekudusan dalam Kehidupan Kekarmelitan Kita*, 228.

2. Trabajar fraternamente

La segunda característica del estilo de trabajo carmelita es el trabajo fraterno. Esto implica dos cosas. En primer lugar, trabajamos buscando conscientemente el beneficio y el bienestar de nuestros hermanos. Esta es una de las herencias más nobles que hemos recibido de la tradición monástica, tal como nos enseña san Agustín en *De opere monachorum*: «El trabajo manual debe hacerse con entusiasmo y por el bien de toda la comunidad». El número 23 de la RIVC subraya que debe hacerse de forma voluntaria y desinteresada, fruto de una vida contemplativa, que nos hace estar dispuestos a ser enviados a servir a nuestros hermanos.

En segundo lugar, el trabajo comunitario se convierte en nuestra forma preferida de trabajar. El carmelita está llamado a trabajar con un espíritu de colaboración fraterna (Const. 98) y el trabajo debe entenderse como trabajo y misión de la comunidad, aunque se realice en silencio y soledad. Recordemos el consejo de San Juan de la Cruz: «Vive con los demás para que trabajes y practiques la virtud». Nuestro trabajo no debe ser simplemente una misión personal, pues esto puede llevarnos al aislamiento y al autoengrandecimiento. Al contrario, nuestro trabajo debe vincularnos a la vida de la comunidad, convirtiéndose en una forma de participar en la vida y misión de nuestra fraternidad. En este sentido, el Santo Padre Francisco añade que el trabajo forma parte de nuestro camino hacia la santidad, y la santidad es un camino en comunidad junto a los demás (GE 141).

Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Se nos somete a un bombardeo de tanta magnitud que busca seducirnos que, si estamos demasiado solos, podemos perder fácilmente el sentido de la realidad, de la claridad interior, y terminar sucumbiendo. (GE 140)

3. Trabajar proféticamente en medio del pueblo

Además, trabajando, los Carmelitas damos un testimonio profético en medio del pueblo. Como hermandad contemplativa, los carmelitas buscamos el rostro de Dios incluso en medio del mundo. En particular, estamos llamados a escuchar e interpretar la Palabra de Dios desde la perspectiva de los pobres (Const. 94). El número 24 de las Constituciones dice más específicamente:

Estar en medio del pueblo “Es también “decisión de compartir con los menores de la historia para decir, desde dentro, más con la vida que con la boca, una palabra de esperanza y salvación” (Con. 24).

Por eso, el número 20 de nuestra Regla nos invita a imitar a San Pablo, que trabajaba y se fatigaba día y noche. También el Papa Francisco, en la *Patris Corde*, nos invita a imitar a San José, que trabajaba incansablemente y realizaba humildes tareas para ganarse el pan de cada día, recordándonos que Dios mismo, al hacerse hombre, no despreció el trabajo. Siguiendo su ejemplo, intentamos vivir un espíritu de pobreza y ser solidarios con el pueblo humilde, que también trabaja con el sudor de su frente por el pan de cada día (cf. Gn 3,19; Sal 127,2). Como Carmelitas nos esforzamos por seguir el ejemplo del Apóstol Pablo, que no se refugió en una vida tranquila, estudiando y meditando sin trabajar con sus manos⁷. Más bien, este gran Apóstol trabajó como fabricante de tiendas para mantenerse, mientras dedicaba su tiempo y todo su ser al Reino de Dios proclamando el Evangelio. El ejemplo de san Pablo es una inspiración para nuestra vida de menores y mendicantes. Por eso no trabajamos exclusivamente en ministerios pastorales o litúrgicos, sino también en otros trabajos para nuestro sustento y como servicio a los demás (Regla 20; ET 20; Cons. 57).

PREGUNTAS PARA EL DEBATE Y LA REFLEXIÓN COMUNITARIA:

1. ¿Cómo trabajamos contemplativamente, a título individual, como comunidad y como provincia? ¿Trabajando diligentemente con sencillez y en silencio?
2. ¿Cómo trabajamos juntos como comunidad y provincia? ¿Hay entre nosotros una tendencia al individualismo?
3. ¿Damos testimonio con nuestro esfuerzo, perseverancia y sencillez, convirtiéndonos en un signo de solidaridad en medio del pueblo?

⁷ Carlos Mesters, *Intorno alla fonte. Circoli di preghiera e di meditazione intorno alla regola del Carmelo* (Roma Edizione Carmelitane 2006), 196.

Segunda Reunión

NUESTRO DESAFÍO: ARDER DE CELO POR EL SEÑOR, DIOS DE LOS EJÉRCITOS

“¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Reyes 19, 9)
“Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo.” (1 Reyes 19, 7)

Arder de celo por el Señor, el Dios de los ejércitos (1 Reyes 19, 10.14) era el lema de nuestro Padre San Elías. El inspirador del Carmelo era un profeta que ardía de celo por trabajar para Yahveh, el Dios de Israel. Del mismo modo, este celo también ha caracterizado la vida del Carmelo a lo largo de los siglos y los carmelitas de hoy también deben arder con él. Sin embargo, sabemos que, durante el transcurso de su misión, Elías tuvo que luchar y no le resultó difícil vivirlo; esta es una lucha que también nosotros experimentamos.

1. La tentación y el desafío de perder el entusiasmo

Es sorprendente que después de la grandiosa victoria en el Monte Carmelo (1 Reyes 18:20-46), Elías huyera al desierto y experimentara un gran temor a causa de las amenazas de Jezabel. El profeta cayó en una profunda desesperación y se dijo: «Basta ya; ahora, Señor, quítame la vida, pues no soy mejor que mis antepasados» (1 Reyes 19, 4). ¿Cómo este profeta con un espíritu tan ardiente se dejó vencer por el desaliento? ¿Nos encontramos nosotros a veces en una situación similar?

El Papa Francisco dijo una vez que el tiempo actual es un tiempo de grandes pruebas, «donde es difícil vivir como persona consagrada en el mundo de hoy»⁸. Caer en la desesperación, rendirse, volverse perezoso y no hacer nada son grandes tentaciones. Este es un reto para todos los religiosos, incluyéndonos a los carmelitas. Evagrio Póntico y Casiano dijeron que la «acedia» o cobardía (sentirse irónico ante la vida) es un trastorno típico de ermitaños y monjes. Suele manifestarse de dos formas: la tristeza y la pereza. Esta enfermedad parece bastante inofensiva desde fuera, pero en realidad es bastante peligrosa. Puede hacer que las personas se sientan demasiado desmotivadas para hacer cualquier cosa o dominadas por una desgana que apaga cualquier tipo de entusiasmo o esperanza. El Papa Pablo

⁸ Papa Francisco, La fuerza de la vocación. Una conversación con Fernando Prado, Publicaciones Claretianas, Madrid 2018, 49.

VI mencionó en una ocasión, entre los diversos obstáculos en la tarea de predicar, «una falta de fervor (parrhesía) que es tanto más grave cuanto que procede del interior» (EN 80; cf. GE 130). En nuestra época, el Papa Francisco también nos recuerda en Evangelii Gaudium estas dos tentaciones: el egoísmo y la pereza espiritual (EG 81-82) y «el derrotismo que nos convierte en pesimistas quejosos y desilusionados, en “amargados” (EG 85).

2. Nuestro viaje es (todavía) largo

Gracias a Dios, la historia de Elías no terminó en el desierto con la desesperación. Lo que cambió todo fue la intervención de Dios, que se manifestó dos veces a Elías mediante sus mensajeros. En la segunda ocasión, el ángel le dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo» (1 Reyes 19, 7). Es muy importante destacar que, en medio de las dificultades y la desesperación del profeta, Dios se hizo presente y le dijo que no lo había abandonado. En segundo lugar, se pidió al profeta que se levantara y no permaneciera en aquella miserable situación. En tercer lugar, se le ordenó a Elías que comiera para recuperar las fuerzas que Dios le había proporcionado. Por último, le dijo a Elías que su viaje aún era muy largo y que su misión aún no había concluido.

Las tentaciones y la pereza forman parte de la condición humana. Sin embargo, santa Teresa de Jesús nos recordó en una ocasión que la pereza significa olvidar que uno es un siervo que debe trabajar duro para su amo, en lugar de sentarse tranquilamente a esperar los frutos de su jardín, en el que debería haber trabajado (Libro de la Vida 11,12). Por eso Dios también nos invita a levantarnos. Tenemos que aprender del salmista, que fue capaz de despertar su propio espíritu:

*Despierta, gloria mía;
despertad, cítara y arpa;
despertaré a la aurora. (Sal. 57, 9)*

Debemos levantarnos y volver a ser fuertes porque nuestro viaje aún no ha terminado. El Señor tiene trabajo para nosotros. En diversos grupos y lugares siempre hay voces pesimistas que nos tientan y nos dicen que todo está predeterminado y decidido. Nada de lo que hagamos puede cambiar las cosas. Reconocemos que el presente es «complicado y difícil» y que muchas de las crisis que afectan al mundo afectan también a la vida consagrada. Sin embargo, estamos invitados a reconocer y confesar nuestras debilidades, pero también a mostrar al

mundo con fuerza y alegría la santidad y la vitalidad que están presentes en la vida consagrada. Como la voz del ángel del Señor a Elías, también el Papa Juan Pablo II llama a esta voz profética.

¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas. (VC 110)

También nosotros debemos escuchar la llamada del Papa Francisco, que renueva nuestra vocación y nos pide que sigamos siendo «luces en la Iglesia», respondiendo a las nuevas exigencias que se nos plantean constantemente, especialmente al grito de los pobres.

Sólo con esta atención a las necesidades del mundo y con la docilidad al Espíritu, este Año de la Vida Consagrada se transformará en un auténtico kairòs, un tiempo de Dios lleno de gracia y de transformación. (Carta Apostólica del Santo Padre Francisco a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada, 21 de noviembre de 2014. II.5).

3. Para gloria del Señor Dios Omnipotente

¿Por qué Elías trabajó con tanto celo? ¿Cuál era su motivación? No debemos olvidar que el profeta trabajó con tanta pasión porque deseaba servir al Señor Dios de los Ejércitos. La pasión por Dios está en el corazón de la espiritualidad carmelita. El deseo de buscar a Dios y servirle es el punto de partida y la meta de toda vocación carmelita. Puede suceder que nuestro entusiasmo disminuya y ya no tengamos la misma energía que cuando comenzamos nuestro camino. El carisma de nuestra Orden nos indica la dirección correcta. ¿Por qué este profeta, que antes era poderoso, experimentó de repente una crisis tan profunda y perdió todo su entusiasmo? Nuestro hermano Alexander Vella, O.Carm escribió: «La razón por la que Elías entró en una crisis tan profunda fue porque, de una manera muy imperceptible, había convertido a Dios en un ídolo»⁹. Inconscientemente y poco a poco, aquella gloriosa victoria que experimentó sobre los profetas de Baal había ocupado el lugar de Dios. Dios manifestaba ahora su presencia de un modo nuevo en el monte Horeb, de una forma más profunda. No era el Dios del trueno, el estruendo y el gran poder, sino el Dios del silencio suave (1 Reyes 19,12). En el silencio y en lo aparentemente ordinario, Dios habla y, en situaciones de crisis,

⁹ Cf. A. Vella, A Journey With Elijah: Carmelite Seminar On The Prophet Elijah Whitefriars Hall, Washington DC 3-9 April 1991.

también revela su presencia. Esto es la contemplación, es decir, una actitud de apertura a Dios, cuya presencia se encuentra en todas partes (Const. 82).

Tras esta experiencia de Dios, el profeta fue llamado a continuar su misión. Este es también el modelo para nuestras vidas como carmelitas. Mientras nos formamos continuamente en la vida contemplativa, estamos llamados a perseverar y a ser entusiastas en nuestro servicio, compartiendo nuestra experiencia de Dios. Siempre debemos hacer algo. El mismo Señor Jesús dijo: «Bienaventurado aquel siervo a quien su señor encuentre trabajando cuando llegue» (Lc 12, 43; Mt 24, 46). San Pablo nos da un ejemplo de lucha, pero sin sentirse cansado. Santa Teresa de Jesús nos aconsejaba estar ocupados trabajando y dirigir nuestros corazones hacia la cruz de Cristo. Esta es una clave importante para progresar en la vida espiritual (Vida 21, 10). La cruz seguirá acompañándonos, pero no tiene por qué agotar nuestras fuerzas. El Papa Francisco escribió en:

Miremos a Jesús: su entrañable compasión no era algo que lo ensimismara, no era una compasión paralizante, tímida o avergonzada como muchas veces nos sucede a nosotros, sino todo lo contrario. Era una compasión que lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar a la misión, a sanar y a liberar. Reconozcamos nuestra fragilidad pero dejemos que Jesús la tome con sus manos y nos lance a la misión. Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban. La audacia y el coraje apostólico son parte de la misión. (GE 131).

PREGUNTAS PARA EL DEBATE Y LA REFLEXIÓN COMUNITARIA:

1. ¿Hay una cierta pereza y desánimo en nuestras vidas como individuos, comunidades y provincias? ¿Qué crisis y debilidades experimentamos? En medio de nuestras luchas de hoy, ¿somos todavía capaces de entusiasmarnos?
2. “Levántate y come” (1 Reyes 19, 5.7). ¿Qué significan hoy estas palabras para nosotros, como individuos, comunidades y provincias? ¿De dónde sacamos las fuerzas necesarias para continuar el camino que tenemos por delante?
3. ¿El trabajo que hemos realizado hasta ahora es realmente para la gloria de Dios? ¿Estamos preparados para afrontar nuevas situaciones y para reconocer la presencia de Dios?

Tercer Encuentro

NUESTRO DISCERNIMIENTO: ALGÚN TRABAJO QUE HACER

Le ha sido dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón.
Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes (Isaías 35, 2-3)

*El desierto y el yermo se regocijarán,
se alegrará la estepa y florecerá, germinará y florecerá como flor de narciso,
festejará con gozo y cantos de júbilo.
Le ha sido dada la gloria del Líbano,
el esplendor del Carmelo y del Sarón.
Contemplantarán la gloria del Señor,
la majestad de nuestro Dios.
Fortaleced las manos débiles,
afianzad las rodillas vacilantes; decid a los inquietos:
«Sed fuertes, no temáis.
¡He aquí vuestro Dios! Llega el desquite,
la retribución de Dios.
Viene en persona y os salvará».*
Isaías 35, 1-4

“Carmelo” aparece 28 veces en el Antiguo Testamento y en Is 35, 2 se menciona al Carmelo en el contexto de la profecía de Isaías sobre la liberación de Israel del exilio. El nombre «Carmelo» está asociado a la palabra «majestad/esplendor», lo que resulta muy apropiado, ya que Carmelo significa «jardín de Dios». El Carmelo, o el jardín de Dios, debe ser majestuoso. Ojalá Dios nos prometa también hoy majestad y esplendor para el Carmelo. Sin embargo, aquí, el esplendor del Carmelo no es, una vez más, un sustantivo, sino un verbo. El esplendor del Carmelo no se manifiesta por sí solo ante nuestros ojos, sino que es una combinación de la gracia de Dios y nuestro duro trabajo. Esta promesa de Dios pide al pueblo que sus manos no se cansen y sus rodillas no flaqueen. Del mismo modo, para que el Carmelo resplandezca de verdad, nuestras manos no deben

aletargarse y nuestros pies no deben vacilar. Necesitamos creer en la promesa de Dios y en su providencia para que se manifieste el esplendor del Carmelo, pero esto requiere que trabajemos sin descanso.

1. La importante tarea del discernimiento

“Tenéis que realizar algún tipo de trabajo” es el tema del Capítulo General de 2025. Estas palabras de la Regla parecen muy sencillas, pero son inspiradoras y también proféticas. En el contexto de nuestro Capítulo General, estas palabras contienen un mensaje muy importante para el futuro de nuestra Orden: ¿qué estamos haciendo? El Papa Francisco, en *Gaudete et Exultate*, nos recuerda que en nuestro tiempo necesitamos tener el arte del discernimiento (GE 167). El Padre General ha subrayado esta tarea crucial en su carta de convocatoria:

Mediante el discernimiento, seremos capaces de identificar con claridad qué labor apostólica estamos llamados a asumir y de qué manera debemos realizar esa labor, como forma de dar expresión al don que hemos recibido del Espíritu Santo para ponerlo al servicio del Reino de Dios, es decir, de nuestro carisma y tradición. (P. Míceál O’Neill, O. Carm. Convocatoria del Capítulo General 2025).

En este discernimiento espiritual, individual y comunitariamente estudiamos, examinamos, vemos posibilidades, decidimos y elegimos acciones claras y concretas, estratégicas, con visión de futuro y que sean útiles para el crecimiento de nuestra Orden en el futuro. En un mundo que ofrece cada vez más opciones, tenemos la tarea histórica de elegir sabiamente y cuidadosamente, pero también la de seguir con valentía estas decisiones. El número 95 de las Constituciones dice:

“pero como no toda forma apostólica se armoniza fácilmente con nuestro carisma o con la capacidad de una determinada comunidad, hemos de discernir siempre entre las diversas posibilidades que ofrece cada situación”

Para esta tarea de discernimiento es necesario recordar los siguientes criterios, tal como se señalan en nuestras Constituciones:

- Escuchar atentamente la Palabra de Dios e interpretarla desde la perspectiva de los pobres. Esto incluye también escuchar la guía de la enseñanza del magisterio de la Iglesia (Const. 94).
- Una comprensión clara y profunda del carisma de nuestra Orden (Const. 95).
- Escuchar y responder a las realidades de nuestro mundo actual, tanto

globales como locales. En primer lugar, debemos leer los signos de los tiempos; los problemas derivados de las circunstancias culturales, sociales y religiosas de la gente (Const. 94); y, en segundo lugar, debemos observar los carismas y talentos de los frailes, así como sus propias limitaciones (Const. 94).

Al mismo tiempo, debemos recordar lo que dijo el Santo Padre sobre la cultura de la acción acelerada, de modo que tenemos que aprender a cultivar la paciencia y la precisión, y también debemos ser conscientes de la urgencia de las decisiones y acciones importantes.

2. Reconocer y comprender los signos de los tiempos

Tenemos la responsabilidad de llevar a cabo obras significativas que respondan adecuada y eficazmente a los signos de los tiempos. A través de varias encíclicas y otras cartas, el Papa Francisco, ha abordado signos importantes de nuestro tiempo a la luz de la Palabra de Dios y de las enseñanzas de la Iglesia. Presentamos aquí algunos temas básicos para que sean materia de nuestro discernimiento.

a. Anunciar la alegría y la esperanza

En nuestros tiempos, en los que el progreso avanza cada vez más, debemos preocuparnos por el hecho de que nuestro mundo carece cada vez más de alegría y de esperanza. Esta debe ser una preocupación seria en nuestras homilías, obras y presencia.

El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado. (Pope Francis, EG 2).

b. Convertirnos en contemplativos de nuestro tiempo

En *Gaudete et Exultate* 147-157 el Papa Francisco subraya la importancia de vivir una vida de oración constante, dado que los hombres de nuestro tiempo necesitan

crecer en la amistad con Dios, en el silencio, la oración de intercesión, la adoración, la lectura de las Escrituras y la Eucaristía.

Finalmente, aunque parezca obvio, recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor.... (GE 147).

San Juan de la Cruz recomendaba «procurar andar siempre en la presencia de Dios, sea real, imaginaria o unitiva, de acuerdo con lo que le permitan las obras que esté haciendo». En el fondo, es el deseo de Dios que no puede dejar de manifestarse de alguna manera en medio de nuestra vida cotidiana: «Procure ser continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje.....» (GE 148).

En nuestra vida como carmelitas, nos esforzamos por equiparnos con armas espirituales. Como nos escribe el Santo Padre:

La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida (GE 158).

c. La fraternidad y la cultura del encuentro

Frente a la oscura sombra de un mundo cada vez más desconectado (FT 14-15), en la encíclica *Fratelli Tutti*, el Papa Francisco nos invita a acoger a todos como hermanos nuestros (FT 1), siguiendo el ejemplo de San Francisco de Asís, que no conocía fronteras (FT 3).

“La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida»[204]. Reiteradas veces he invitado a desarrollar una cultura del encuentro, que vaya más allá de las dialécticas que enfrentan. Es un estilo de vida tendiente a conformar ese poliedro que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices, ya que «el todo es superior a la parte” (FT 215).

Lo que vale es generar procesos de encuentro, procesos que construyan un pueblo que sabe recoger las diferencias. ¡Armemos a nuestros hijos con las armas del diálogo! ¡Enseñémosles la buena batalla del encuentro! (FT 217).

d. Integridad de la creación

En la Encíclica *Laudato Si*, el Santo Padre hace un llamamiento a preocuparse por lo que le está sucediendo a nuestra casa común que es la Tierra.

Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8:22). (LS 2)

La contaminación y el cambio climático, los residuos y la cultura del usar y tirar, los problemas del agua, la pérdida de biodiversidad, la disminución de la calidad de la vida humana y el declive social, la desigualdad global, etc. (LS 20-52) son graves problemas ecológicos de nuestro tiempo. Por ello, el Papa Francisco llama a la conversión, incluida la ecológica (216-221), porque “si «los desiertos exteriores se multiplican en el mundo porque se han extendido los desiertos interiores»” (LS 217).

e. Los jóvenes

Los jóvenes son la esperanza y el futuro de la Orden, de la Iglesia y del mundo. Por ello, la pastoral juvenil debe ser una de las preocupaciones más importantes:

Hemos reconocido en el episodio de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35) un texto paradigmático para comprender la misión eclesial en relación a las jóvenes generaciones. Esta página expresa bien lo que hemos vivido en el Sínodo y lo que quisiéramos que cada una de nuestras Iglesias particulares pudiese vivir en lo que concierne a los jóvenes. Jesús camina con los dos discípulos que no han comprendido el sentido de lo sucedido y se están alejando de Jerusalén y de la comunidad. Para estar en su compañía, recorre el camino con ellos. Los interroga y se dispone a una paciente escucha de su versión de los hechos para ayudarles a reconocer lo que están viviendo. Después, con afecto y energía, les anuncia la Palabra, guiándolos a interpretar a la luz de las Escrituras los acontecimientos que han vivido. Acepta la invitación a quedarse con ellos al atardecer: entra en su noche. En la escucha, su corazón se reconforta y su mente se ilumina, al partir el pan se abren sus ojos. Ellos mismos eligen emprender sin demora el camino en dirección opuesta, para volver a la comunidad y compartir la experiencia del encuentro con Jesús resucitado. (Documento final del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes la fe y el discernimiento vocacional. 27 de octubre de 2018, n. 4).

3. Decisiones y acciones que aportan novedad y frescura

Las dificultades y los problemas que experimentan hoy las congregaciones religiosas adoptan muchas caras. Sin embargo, el Papa Francisco nos recordó en la

celebración del Año de la Vida Consagrada que tenemos que abrazar el futuro con esperanza:

Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (Jr 1,8). (Carta Apostólica del Santo Padre Francisco a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada, 21 de noviembre de 2014. 1.3)

Los Evangelios son profundamente misioneros, quizá más de lo que imaginamos. Por eso, cuando meditamos las Escrituras, encontramos inspiración para salir al encuentro de los demás y llevarles la luz del Evangelio. El número 96 de nuestras Constituciones dice:

Inspirándonos en las orientaciones fundamentales de nuestro carisma y en el contexto eclesial y social de nuestros días, indicamos algunos criterios que sirvan de orientación y discernimiento en nuestra misión apostólica:

- *vida fraterna y de oración en medio del pueblo;*
- *respuesta a las necesidades de la Iglesia universal y local;*
- *servicio preferencial a a los pobres y marginados;*
- *especial atención al tema de las situación de la mujer;*
- *compromiso por la paz y la justicia;*
- *cuidado hacia quienes muestran interés por el espíritu, el patrimonio espiritual y la vida del Carmelo.*

El número 101 de nuestras Constituciones nos anima:

Acogemos con gozo y disponibilidad la invitación a “salir” para encontrar las personas en las “periferias” y descubrir con ellas la alegría del evangelio.

Este es un reto importante para nuestro discernimiento espiritual en común. La dicasterio para la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica nos asegura que detrás de estos desafíos se encuentra la auténtica llamada del Espíritu Santo a redescubrir la riqueza y el potencial de esta forma de vida (Caminar desde Cristo 13). La historia de la Orden nos ha enseñado que las situaciones de crisis son una fuente de creatividad que aporta novedad y frescura a la vida de la Orden. Esto ha sucedido, por ejemplo, en la reforma mantuana, la de Santa Teresa de Jesús, de turonense y otras. La situación a la que nos enfrentamos nos tiene que animar a buscar juntos y a dar nuevos pasos según los designios de Dios, para que todo sea un nuevo kairós, un tiempo de gracia que traiga nuevas bendiciones para nuestra Orden.

PREGUNTAS PARA EL DEBATE Y LA REFLEXIÓN COMUNITARIA:

1. ¿Cómo hemos realizado hasta ahora los trabajos apostólicos de acuerdo a lo indicado en el número 96 de las Constituciones? ¿Hay algo en lo que todavía tengamos que trabajar para aportar innovación y frescura a nuestras obras?
2. Las citas del Papa Francisco arriba citadas (a-e), ¿qué inspiración nos proporcionan para nuestro trabajo en comunidad, en la Provincia y en la Orden?
3. ¿Qué cosas no hemos hecho hasta ahora y necesitamos hacer para responder mejor, más aguda y profundamente a los signos de los tiempos?
4. ¿Qué periferias necesitan nuestra atención?

Las propuestas y las respuestas a la reflexión Instrumentum Laboris deben enviarse a:

Capítulo General 2025
Secretario General
Via Giovanni Lanza, 138
00184 Roma,
Italia.
Correo electrónico: seggen@ocarm.org

